

## a tortas con la vida

—¿Sabes cuál es la diferencia?

—Cuál...

—Ninguna.

—¿Ninguna?...

—Ninguna —Miqui miró a su hermano dubitativo y arqueó las cejas— Ninguna —repetió Dani— ¿Te acuerdas de aquella película... *El Club de la Lucha*? ¿Te acuerdas de lo que decía Brad Pitt? ¿Qué decía?...

—¿Qué decía?...

—Decía, *no eres tu trabajo, no eres tus pantalones de marca, no eres lo que llevas encima...* Y Álex —e hizo una pausa—, no es ninguna de esas condenadas cosas —y antes de que Miqui añadiera nada al respecto agregó— El muy 'joputa, y con perdón

de nuestra santa madre, lleva en sus venas la misma sangre que nosotros, la misma puta sangre contaminada de agresividad, odio, resentimiento, hostilidad hacia cualquiera que tenga más que él y frustración.

...

—No jodas —exclamó Miqui pasados unos segundos— ¿Tenemos todo eso en las venas?...

—Verás... —le explicó Dani— Es una cuestión puramente genética, la misma sangre pasa de padres a hijos, y nuestro padre era un auténtico cabrón, y nosotros somos el fruto de su semilla, puede que nos haya engendrado Dios, no lo niego, pero... ¡Joder! —rió— Se lo encargó al mismísimo diablo.

—Y Álex...

—Y Álex... —le interrumpió Dani— gana más dinero en una jodida semana que

tú y yo juntos en un mes, tiene una mujer que te cagas, amigos con pasta, y va a fiestas de esas a las que es obligado ir con corbata y que sino no puedes entrar, aunque él las llame «reuniones», vale. Y, joder... —rió otra vez— Viste ropa de esa con el nombre de algún modisto maricón por marca, y tiene una secretaria que le trae el jodido café a la jodida oficina todas las jodidas mañanas, pero Álex... —e interrumpió de nuevo a Miqui cuando éste estuvo a punto de decir algo— Álex no es sus malditos pantalones de marca.

Gustavo Johansson Moreno

- a tortas con la vida -

*No eres tu trabajo. No eres tu  
familia, y no eres quien te  
dices que eres. No eres tu  
nombre. No eres tus  
problemas. No eres tu edad.  
No eres tus esperanzas.*

Tyler Durden

*Riiing... Riiing...* ¡Clic!

—Diga.

—¿Está *laura*?...

—Yo soy *laura*.

...

—¿Es que es un travestido, o algo así?...

—¿Por qué coño iba a ser un travestido, o algo así?

—Tiene voz de tío.

—Que me llame «*laura*» no significa que sea una tía, y mucho menos un jodido marica.

—Está bien...

—Está bien. Qué quiere.

—Alguien me ha dado su número, me han dicho que puede conseguir gente.

—Gente para qué.

—Se trata de limpiar un banco.

—Sí. Puedo conseguirle gente.

—Estoy dispuesto a pagarles un millón, de euros.

—¿Un millón?...

—Sí.

—De euros.

—De euros, sí, joder...

—Pues no lo harán por menos de dos.

—Oiga, no me joda, ¿quiere?... Su comisión se la resta al millón que les voy a pagar. ¿Lo toma o lo deja?, es así de simple.

—Está bien, amigo.

—No soy su amigo. El banco es Banca Ibáñez, apúntelo. Su contacto en el banco se llama Lluç Major, se encargará de las cámaras y del chivato de la poli, tendrá una participación en esto. El próximo jueves ingresarán en caja treinta y ocho mil euros,

en efectivo, el mismo Ibáñez en persona ingresará ese dinero. Pero eso es sólo un señuelo, ya le he dicho lo que voy a pagarles por esto, pueden hacer lo que quieran con los malditos treinta y ocho mil.

—Entonces... Quiere que robemos la caja pero no quiere el contenido de la caja. ¿Es así?...

—Así es.

—Bien...

—El tal Lluc Major, su contacto, es quien les ha chivado lo de la pasta que hay en la caja, esto es muy importante.

—Y, ¿«el tal Lluc Major» ya sabe que sabe lo del dinero de la caja?...

—Lo sabe. Lo que no sabe es que se supone que es él quien lo ha cantado, es un *pelele*, y no debe saberlo. Lluc Major es quien le ha

dado la información de la pasta que hay en la caja, no yo. ¿Le ha quedado claro?...

—Como el agua.

—Bien... Cada mañana, hacia las ocho, un furgón del Banco Central de España estaciona frente a Banca Ibáñez, recoge la pasta y se larga. En realidad el furgón llega entre las siete y las siete y media, pero el banco no abre hasta las ocho. Pues bien, el empleado del Banco Central, el chofer, siempre entra en Banca Ibáñez dos veces, dos... ¿Está claro?...

—Claro.

—La primera para rellenar el formulario de turno sin el que sino no podría llevarse la pasta y la segunda para recoger el dinero, tardarán media hora aproximadamente en tenerlo listo desde el momento en que entre por primera vez hasta que vuelva a entrar

para llevárselo. Durante esa media hora, el chofer, siempre, regresa al furgón, antes pierde cinco minutos en el quiosco de la esquina donde compra el *marca* y liga con la quiosquera que tiene unas peras de campeonato y que ahora se hace cargo del negocio porque su desgraciado padre ya no es capaz ni de aguantársela mientras mea, y, por fin, cuando ya tiene su maldito diario y la autoestima por los suelos porque el pobre es más feo que el carajo, se mete en el furgón y aguarda leyendo hasta que pasa, exactamente, media hora. ¿Ok?...

—Sí... *Okei*.

—Bien... Pues lo que quiero es que esperen a que el chofer haya regresado al furgón, después de haber entrado la primera vez, antes de que haya recogido el dinero... Entonces sus chicos intentan robarle, se dan cuenta de que el dinero sigue en el banco, se

cabrean, amordazan al chofer, le pegan un tiro o le cantan *la macarena*, me da igual. Y después entran en el banco y roban la caja, ¿entendido?...

—Y ¿por qué coño no ir directamente al banco?... O esperar a que el tío del furgón salga la segunda vez, con la pasta, y entonces lo atracan.

—No me haga preguntas, debe hacerse así. Le llamaré más tarde con todos los detalles y para quedar un día de esta semana, le pagaré quinientos mil entonces y el resto cuando hablen de sus chicos por la tele. ¿Está todo claro?

—Está todo claro.

—Bien.

—No me ha dicho cómo se llama...

—¿Cómo me llamo?... Me llamo *papá noel*, joder —¡Clic!

...

—Joder... Un millón de euros. Un jodido millón de euros —*laura* está nervioso, se frota las manos, sonríe, se ríe, murmura *joder* una y otra vez, *un jodido millón de euros*. Descuelga de nuevo el teléfono y marca...

...

*Riiing... Riiing...* ¡Clic!

—¿Sí?...

—¿Dani?... Soy *laura*.

—¿Qué pasa, tío?...

—Tengo un trabajo para ti.

—No me jodas, *laura*... Lo he dejado, ¿recuerdas?... Ahora soy legal.

—...

—Está bien, joder... ¿De qué se trata?...

—Un banco.

—Joder, *laura*... Un banco es algo muy jodido.

—Vamos... Dani... No me jodas.

—¿Qué no te joda?... Acuérdate de Víctor y de José, los hermanos, ¿te acuerdas de ellos?... Pues José sigue en el trullo, y encima con la nariz torcida para el resto de su vida.

—Y qué hay de Víctor.

—¿Qué hay de Víctor?...

—Se quedó con la pasta, ¿o no?, nunca lo trincaron.

—A Víctor nadie lo ha vuelto a ver...

—Claro que no. Porque ahora está en una de esas islas de catálogo de agencia de viajes, tomando cócteles de esos a los que les ponen sombrillitas de papel, y follando con mulatas todo el puto día... Por eso nadie lo ha vuelto a ver.

—No sé... *Laura*, en serio... No sé, joder...

—Escucha... El premio es lo que encuentres en la caja... Y, quinientos mil más que te daré yo más tarde.

—Coño...

—Sí. Coño.

—Eso es mucha pasta...

—No. Es un montón de pasta.

...

—Está bien, de acuerdo.

—Ven a verme. Te daré toda la información, tu contacto en el banco...

—¿En el banco?...

—Sí, en el banco.

—¿Mi contacto es alguien que trabaja en el banco?...

—Sí, joder... Tu contacto es alguien que trabaja en el banco.

—Está bien, está bien...

—Se llama Lluc Major, y...

—¿Lluc Major?...

—Sí. Lluc Major. ¿Lo conoces?...

—Sí, lo conozco.

—Pues se supone que es él quien te ha cantado que hay treinta y ocho mil euros en la caja...

—Qué puta casualidad.

—*Qué puta casualidad... ¿Qué?...*

—El banco en cuestión... Es la jodida Banca Ibáñez, ¿verdad?...

—Conoces a ese tío y conoces donde trabaja. ¿Hay algún problema?...

—No. Olvídalo...

—Pues se supone que el tío ese es el que te ha chivado lo de la pasta en la caja fuerte, los treinta y ocho mil, pero tu premio es otro, quinientos mil condenados euros. Te han contratado para que robes la maldita caja, aunque puedes quedarte con ella. ¿Está claro?...

—Y Major es quien me ha chivado lo de la pasta que hay en la caja.

—Así es.

—Y, ¿ese tío sabe que eso se supone así?...

—Eso da igual. Quien te ha contratado es quien lo sabe y no quiere que se sepa que se sabe por él, así que se supone que lo sabes por Lluç Major...

—Mierda, *laura*... Estás jugando a las jodidas adivinanzas conmigo o qué...

—No, joder... ¿Te ha quedado claro?

—Me ha quedado claro.

—El tal Major se encargará principalmente de joder las cámaras y el chivato que conecta al banco con la pasma, no sonará ningún aviso en ninguna puta comisaría, vuestros jetos no aparecerán en ninguna cinta de video y los malditos *hombres de harrelson* no os joderán la fiesta.

—Claro...

—Ven a verme el lunes, no es tan sencillo como entrar en el banco y dar el golpe, antes hay que llevar a cabo una maniobra de... de... de «distracción», joder, con un furgón.

—¿Qué furgón?...

—Ven a verme el lunes, te lo explicaré, entonces ya habré hablado con *papá noel* y te daré todos los detalles.

—¿*Papá noel*?...

—Olvídalo. Nos vemos el lunes, ¿vale?...

¡Clic!

## Álex

### ¡a la mierda con todo!

Te metes esa mierda en la sangre y de repente todo deja de importarte, Álex lo sabía bien, pero se chinó otra vez las venas y se dejó caer sobre el sofá como si acabasen de meterle una bala en el cuerpo; suspiró.

A sus treinta y tres años Álex tenía un buen coche, una casa a las afueras y un perro que le recibía moviendo el rabo siempre que llegaba a casa por las noches, aunque fuera tarde, siempre corría a la puerta en cuanto le oía meter la llave en la cerradura; adoraba a Rocky, un «mil leches» lo llamaba, o sea un cruce de un cruce de otro cruce, y pensó en lo cierto de aquello que dicen que «el perro es el mejor amigo del hombre», al menos Rocky, se dijo, nunca le había

traicionado. Pues Álex podía estar de muy mala leche, lo estuvo cuando le robaron su viejo *uno-punto-uno*, cuando no lo ascendieron en el banco por mucho que se lo mereciese entonces, cuando eliminaron a España del mundial en dos mil dos y cuando trincaron a Miqui (entonces estuvo de muy mala leche), y Rocky siempre permanecía a su lado; pero aquella noche Rocky podía notar que aquel no era su amo, aquella mierda que se metía lo cambiaba (los animales perciben esas cosas), y por primera vez en su vida se levantó y lo dejó solo. Álex suspiró de nuevo y se llenó el vaso de whisky, había dejado el whisky y un vaso con hielo encima de la mesa a propósito antes de chutarse para no tener que levantarse. Pensó que podía aguantar que le hubieran despedido de *Ibáñez*, después de todo estaba hasta los huevos del banco, pero Paula...

—Joder... —murmuró.

Paula era todo lo que siempre había querido en una mujer, era amable, guapa, inteligente y sobretodo deportista (incluso le gustaba el fútbol), por eso, por todo eso, se casó con ella. Y entonces una lágrima le pintó la cara, la habitación estaba a oscuras y la única luz que se colaba por la ventana era la de los tubos de neón del bar que tenía abajo y que tenía instalados en la terraza, le pagaban cien euros al mes por eso, le pareció una fortuna cuando se mudó a aquel apartamento, sonrió, y luego recordó todo lo que vino después. Como los domingos por la tarde en el club de accionistas del banco, al final llegó a acostumbrarse a aquellas «reuniones», y a salir con clientes todos los viernes o a ir a pasar los fines de semana a la Vall d'Aran, dónde por cierto conoció a Mónica, su amante desde hacía ya más de un

año; pero Álex no estaba enamorado de Mónica, le gustaba acostarse con ella, nada más. Él amaba a Paula, por eso se casó con ella. Se diría que estaba en la mismísima cima de la mismísima pirámide de Maslow (ya saben, el de la autorrealización), una mujer guapa, una amante impetuosa, coches, una casa con jardín y amigos con dinero, pero un día descubrió que a su mujer se la estaba follando otro y que además era su mejor amigo, *suele pasar* le dijeron.

—A la mierda —murmuró.

Entonces todo dejó de importarle, *suele pasar*, claro que también él la era infiel, pero eso, ella, no lo sabía.

...

—Al final somos lo que somos —oyó entonces la voz de su padre. Álex levantó la vista, tenía la mirada inyectada en sangre, y

con sus ojos cansinos distinguió a su padre sentado enfrente suyo— Y cuando mueras seguirás siendo el mismo maricón de siempre —habló otra vez— Hay cosas que nunca cambian.

—...¿Qué coño haces tú aquí? —le preguntó Álex como si el sólo hecho de hablar requiriese un gran esfuerzo por su parte.

—Soy tu padre —le contestó éste, como si aquello justificase su presencia en su casa aquella noche.

—Sí. Pero estás muerto.

—Y tú estás colocado.

Álex asintió con la cabeza a modo de resignación— Claro —murmuró; se suponía que chutarse le produciría agradables alucinaciones, no que le hiciese ver otra vez al hijoputa de su padre— Pues estabas mejor muerto —le dijo— Así, que por qué no te

vuelves a las calderas de Pedro Botero... y me dejas en paz.

—Tu madre solía utilizar esa misma expresión —exclamó su padre, al cabo.

—Soy hijo de mi madre —afirmó Álex.

—Y de tu padre —añadió éste.

Álex se recostó sobre el sofá, cerró los ojos, suspiró igual que si estuviese cansado y murmuró:

—Puedes irte al cuerno —y añadió después, con sorna—... Papá.

...

—¿Por qué no llamas a tus hermanos? —habló su padre de nuevo, pasados unos segundos.

Entonces Álex se incorporó, miró otra vez a su padre, hizo un esfuerzo por sonreír

que al final quedó en nada, y con el tono más irónico que fue capaz de lograr, le dijo:

—¿Has venido en plan de «ángel del buen rollo» que baja a la tierra para volver a unir a la familia y toda esa mierda? —pero su padre no dijo nada y Álex suspiró con desazón— Porque dudo que cuando la pal-maste te dieran las jodidas alas.

—Al fin y al cabo... —insistió, como si no hubiese escuchado nada de lo que su hijo acababa de decirle—, son tus hermanos.

Álex hizo otro esfuerzo por fijar su mirada en su padre— ¿Quienes? —le preguntó— ¿Dani?... Suponiendo que no esté en prisión.

—Ya no lo está —le interrumpió su padre.

—Pues debería, es un criminal —afirmó Álex rotundamente, pero su padre no ale-

gó nada a ese respecto— Y Miqui —continuó hablando Álex— El único de nosotros que ha tenido una oportunidad, y también acabasteis corrompiéndolo. Y Carlos, claro... —sonrió con socarronería— Si es que todavía va por casa.

—Te sorprendería cuánto ha cambiado Carlos.

—Vete a la mierda —le dijo, y echó otro trago de whisky.

—Cuando eras pequeño una vez me dijiste que por mucho que la vida me diera por culo no era motivo para que me metiera toda esa mierda que tú te estás metiendo ahora —Álex sonrió recordando cuántas cosas le decía a su padre cuando todavía era un pobre capullo adolescente imberbe y no sabía nada de la vida— *Te han jodido, papá...* —imitó su padre la voz de un niño pequeño— *Y encima te metes esa mierda* —entonces

hizo una pausa y añadió— Nin-guno de tus hermanos a tu edad me había hablado nunca así. Ya de pequeño eras es-pecial, siempre ibas un paso por delante de los demás chicos, y quizás por eso has llegado a donde has llegado —y abrió los brazos queriendo abarcar toda la habita-ción— Pero no olvides que al final somos lo que somos. Te encantaba disfrazarte, ¿re-cuerdas?... —le dijo entonces señalando con la mirada su americana sobre el respaldo del sofá— Pero cuando te quitabas tu disfraz volvías a ser aquel pequeño delincuente que eras entonces. No puedes seguir engañán-dote con ese «disfraz» de ejecutivo res-ponsable, Álex, eres igual que tus hermanos.

—No —dijo finalmente Álex— Yo no soy como Dani, ni como Carlos... Se puede cambiar.

—Pero no puedes cambiar tu pasado. ¿Sabes?... —añadió cuando pareció que no diría nada más— El día en que me dijiste aquello te hice caso, y no volví a probar las drogas, ya estaba bastante jodido con todo como para encima joderme más a base de pinchazos. Te hice caso Álex, y en lugar de seguir jodiéndome a mí mismo comencé a joder al mundo que me había dado la espalda. ¿Te acuerdas de lo de la oficina de hacienda? ¿Y de lo de los gemelos Casado?, Juan Casado y Antonio Casado, menudo par de capullos.

—Toni era un buen tío —intervino Álex.

—¿Te acuerdas del atraco aquel a aquel furgón de la agencia de transportes? —continuó su padre pasando por alto su comentario; Álex suspiró, ignorarle era típico

en él, ni muerto iba a cambiar— ¿Y de lo de Neira?... —rió.

—Cuando te dije que dejaras de chutarte... —le interrumpió Álex levantando esta vez la voz consiguiendo que le escuchara—, porque ya estabas bastante jodido, no me refería a que te vengaras de toda esa gente.

Su padre rió otra vez, y esta vez su risa sonó como una macabra carcajada cargada de ironía.

—Álex... No me vengaba de ellos, me vengaba del mundo. Y cuando yo te digo que dejes de «meterte», me refiero a que tú también te vengues de este mundo que te acaba de dar por culo —entonces Álex desvió la mirada de su padre para perderla en la oscuridad que pintaba las paredes de su casa— Llama a tus hermanos —insistió otra vez.

Y cuando Álex le devolvió la mirada su padre ya no estaba ahí.

...

Entonces sonó el teléfono, pero Álex lo dejó sonar.

—A la mierda —murmuró otra vez.

*Riiing*

No tenía razón, se dijo, su padre no podía tener razón, él no era así, ya no.

*Riiing*

Sin embargo sí le gustaría volver a ver a Miqui.

*Riiing*

Y, ¿si quien estaba llamando era... Paula?, desvió entonces sus pensamientos de sus hermanos, de su padre, de su vida pasada... *Riiing*, Paula... El único clavo

ardiendo al que se agarraría, la única droga que no le mataría. *Riiing.*

—Paula... —pensó en voz alta... *Riiing.*  
Y entonces descolgó— ¿Diga?...

—¿Álex?... *Hola, soy yo, Dani, tu hermano. Cuánto tiempo, ¿eh?... ¿Cómo estás?...*